

En Valencia, con la XXI Asamblea Nacional de la Fed

Como no tenía por qué ser menos, Valencia nos recibió con suma cordialidad y entera emoción. En Valencia, como en todas las parcelas españolas donde el turismo hoy recalca su galeón cargado de muy buenas divisas, nuestra Federación cuenta con excelentes y singulares amigos. Son los quijotes de aquella primera hora que tuvo el turismo en este país, los más válidos y auténticos paladines que lucharon contra la más general y absoluta indiferencia de una gente que ostentoriamente se les volvía de espalda porque simplemente les creía unos locos.

Pero eso era ayer, cuando el turismo no daba, ni todavía servía para ofrecer ocupación estable. Hoy, en cambio, como ven, todo el mundo por ahí está metiéndole su baza. El turismo es una ciencia como cualquier otra y como a tal debe ser tratada por manos que sean expertas. No todos los que comercialmente prosperan a su regazo quiere decir que entiendan de turismo. Y, no obstante, cada sobremesa se convierte fácilmente en una cátedra. Ni tan pocos como ayer, ni tantos, demasiados, como hoy. Pero ese, por lo visto, es el mal inveterado que aflige a todos aquellos acontecimientos que, a la corta o a la larga, se nos vuelven terriblemente populares.

Tristeza en el recuerdo

Pese a todas las gentilezas y atenciones y a las infinitas cordialidades que la bella ciudad del Turia ha dispensado a nuestra visita, ninguna pudo disimular la honda tristeza y preocupación que siente Valencia por el rudo golpe asestado a su riqueza. Las heladas siberianas de febrero le han causado un daño realmente incalculable. A veinticinco mil millones de pesetas hay quien cifra el importe de la pérdida, calculando en ella, claro está, los varios factores que intervienen en el proceso naranjero, amen de las menzugas que obtendrán en el futuro las cosechas.

Desde el castillo de Sagunto el grandioso panorama de la vega valenciana no es el mismo de siempre. Manchas de color castaño descubren los troncos muertos por la da-

«España es el país más romántico y mejor del mundo para una luna de miel», nos dice Grace Kelly

ga de las heladas. Zonas hubo en que el frío respetó a la huerta. Pero en ciertas comarcas, como por ejemplo la de Gandía, el daño es bien probado y manifiesto, alcanzando en ciertos casos las proporciones de pública calamidad igual a la de una zona devastada por las llamas de un incendio.

No hay en Valencia generación viviente que recuerde un hecho parecido. En la plaza de La Glorieta un árbol bicentenario, tan coloso como el de nuestro Romanyá, ha sido igualmente decapitado por la guillotina del frío.

—Ya ve usted — alguien susurra a mi oído — como por los años de este árbol nadie puede darnos razón de un fenómeno climatológico parecido.

Bajo este panorama es lógico comprender el aumento sobre el precio de estos frutos. Baste únicamente como dato, que la próxima cosecha se está ofreciendo a doscientas cincuenta mil pesetas la hectárea, con cuya cantidad no van incluidas ni la planta ni la finca, como podría parecer, sino simplemente sus frutos.

Tipismo y anécdota

Valencia dispensa a todos sus tradiciones lo mejor de sus fervores. Gente encantada de su tierra y que vibra por sus cosas con la unción propia de un verdadero culto.

El ruido de sus tracas es poco menos que continuo. Por cualquier motivo o circunstancia — y valga la traducción literal, — ya la tenemos armada y uno salta y alborota por la calle al son de esas metralletas rociadas con la pólvora de inocentes disparos.

En cualquier fiesta o cuestión, el traje regional anda tan suelto como los «shorts» nuestras playas. Y no hablemos del arroz, porque aquí es donde el cantar alcanza el do de decho. El agasajo en cualquier comida lleva el

nombre de «paella», hasta el punto de que tres modalidades de la misma nos fueron servidas como tapas en el vino de honor que en plena Generalidad se nos ofreció al término de esta conferencia.

La «xocolatá», con pastas de almendra sin camuflaje y muy bien rociada con el blanco néctar de la horchata, constituye otra manifestación de la gastronomía valenciana y sin duda tan popular y efectiva como el te de las cinco pueda serlo en otras latitudes.

Añadimos a esto los lugares santos y sagrados de su historia, su célebre Tribunal de Aguas a una de cuyas sesiones asistimos, la luz de su cielo, la gracia de su huerta y el mosaico de sus flores y obtendremos con cierta precisión ese magnífico clisé que Valencia es en la cinta sin fin que proyecta el turismo en España.

Noticias de SS. AA.

Aun sabiendo que el yate real de Mónaca había hecho escala en el puerto de Valencia, poco contaba este escritor que de forma tan casual como espontánea tuviera ocasión de dar y hablar con el ilustre personaje — hoy ya, mi querido amigo — que cuidó del protocolo y atendió a la feliz pareja durante su estancia en la capital del Turia.

Valencia que en su haber consigna la visita de las más sonantes celebridades del celuloide, puede mejor que nadie hablar de la vacuidad de ese mundo de cartón y fantasía repleto de las mayores frivolidades. En cambio al hablar de Grace, la excepción se nos da, por merecida, muy espontánea.

Ante su manifiesto deseo, los Principes de Mónaca asistieron a una Misa que, en su honor, se dijo en la Capilla de la Generalidad y a la que, dado su carácter estrictamente privado — ¡qué bonita de-

be ser a veces la soledad para los que se ven condenados a vivir entre multitudes! — no asistieron más que el oficiante, los Principes y mi amigo. Ello, empero, no quita que un periodista irrumpiera con su «flash» en la ceremonia, a lo que con toda indulgencia y suavidad se opuso la nueva princesa al verter a los oídos de mi amigo estas palabras:

«Dígale que luego posaré ante su máquina tantas veces como le plazca. Ahora no. Mi fervor no permite esta distracción.»

La ex Grace era y sigue siendo una perfecta católica. Su boda — me asegura mi amigo — durará para toda la vida. No es ningún fantasma, ni su enlace, en el aspecto íntimo, tiene que ver nada con la opereta. Se trata sencillamente de una gran dama que no precisaba el título de Alteza para serlo.

Y, cuando mi amigo, le pidió sus impresiones sobre cuanto en en el país llevaba visto, la Princesa, convencida y emocionada, puso en lápida de galantería la frase que subtítulo estas líneas.

Frase verdaderamente amable y que en este caso viene rubricada por la calidad y las dignidades de quien la pronunciara.

Todo un «slogan» propagandístico que a estas horas debería ya estar traducido a todos los idiomas y enviado a los cinco continentes.

Punto y aparte

Después de que la muy humana curiosidad habrá podido ya quedar bastante satisfecha con las líneas precedentes, es hora ya lector de que este cronista le diga y escriba sobre los temas desarrollados en esta conferencia, ya que precisamente fuimos para eso.

Todas las deliberaciones de la Asamblea tuvieron lugar dentro del serio y vestusto marco del Salón de Actos del Muy Ilustre Colegio Notarial de Valencia, al término de las cuales fueron elevadas a conclusión o acuerdo las siguientes aspiraciones:

Capítulo de hospedajes

Ante la falta evidente de hoteles de tipo medio, que aparte de cumplir su función turística cara al extranjero,